

LIBRO TERCERO.

Desde la eleccion de San Francisco de Sales para la coadjutoria de Ginebra, en 1598, hasta el principio de su obispado en 1602.

CAPITULO PRIMERO.

Francisco de Sales es elegido coadjutor de Ginebra: resucita un muerto: completa la conversion del Chablais y concierta con el Duque de Saboya algunas medidas para consolidarla.

(Año 1598.)

Claudio Granerio veia con gran consuelo los progresos de la religion en su diócesis; pero al mismo tiempo sentia sus hombros agoviados con el peso de los años, y sus fuerzas no correspondian al fuego que le devoraba por la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Comprendió que necesitaba un coadjutor, y conociendo la grande importancia de esta eleccion, pidió para hacerla bien las luces del Cielo con un fervor proporcionado á su alto interés. Tenia cerca de sí á un sobrino no menos notable por su piedad que por su ciencia, el abad de Chissé, que desempeñaba con un raro talento administrativo el cargo de vicario general y de provisor, y parecia maduro para el obispado. Pero no bastaba al santo Obispo encontrar un hombre digno de este sublime ministerio, sino que queria entre los que eran dignos, buscar al que lo fuera mas. En fin, despues de muchas oraciones y reflexiones, su eleccion, inspirada por miras mas elevadas que la carne y la sangre, se fijó en el Preprósito.

Sin embargo antes de ejecutarlo, sabiendo que conviene siempre consultar, pues la sabiduría de los demás

unida á la nuestra deja menos lugar al error, habló de ello con sus mas íntimos confidentes, y todos aplaudieron este designio; habló tambien con su sobrino que, digno de su tio, le manifestó el consuelo que esta eleccion le hacia experimentar; habló por fin á Francisco que, solo de diverso, parecer desechó lejos de sí la proposicion. Instó mucho para que no le nombrasen, y esta negativa reiterada probó que la eleccion era buena. Sin hacer caso de sus repugnancias, envió secretamente al P. Querubin á Barreux, donde estaba aún el Duque de Saboya, para negociar este asunto con él. La negociacion no fué difícil, porque habiendo caido gravemente enfermo el prelado algun tiempo antes, el Duque habia pensado, caso de que muriese, reemplazarle con el santo apóstol. Accedió gustoso á la proposicion que le hicieron, y dió el 29 de agosto de 1598 un decreto, por el cual nombraba á Francisco de Sales para el obispado de Ginebra, suplicaba al Papa proveyese á ello por via de coadjutoria ó como bien le pareciese, y apoyaba su peticion, tanto en la ciencia y demás raras cualidades del sujeto, como en los grandes trabajos que habia sufrido y sufría todavia por la conversion de los herejes del Chablais. Claudio Granerio, lleno de gozo al recibir estos documentos, los conservó ocultos aún al santo apóstol, esperando el momento favorable para hacer uso de ellos.

El P. Querubin, apenas vuelto de la mision que habia llenado tan felizmente, supo que un ministro de Ginebra, avergonzado de las negativas que hacia tanto tiempo daban sus compañeros á discutir el calvinismo en conferencia pública con los católicos, se ofreció á ir á Thonon para sostener una solemne y regulada disputa sobre la religion. Este ministro solo ponía dos condiciones: la primera, que para garantir su seguridad personal y la de los que le acompañaran, el Duque de Saboya enviaria rehenes á Ginebra; la segunda, que se conformarian con ciertas prescripciones que determinaria. El P. Querubin se apresuró á obtener del príncipe su consentimiento para lo que pedian,

y del Nuncio de Turin la autorizacion para aceptar la conferencia con las condiciones propuestas. Ambas cosas obtenidas, escribió al ministro que todo se haria como lo habia pedido, anunciándole que toda la ciudad de Thonon lo esperaba. Este, despues de empeñada su palabra, sintió que le faltaba valor para llevarlo á cabo, é inventó pretextos para evitar la lucha. El P. Querubin, viendo esta falta de palabra, se quejó á los síndicos de Ginebra, y les ofreció ir él mismo con otros dos compañeros á sostener una discusion pública contra el ministro, pero no se dignaron contestarle. Otros tomaron á su cargo el negocio y lo prosiguieron con ardor; católicos y protestantes, todos querian la conferencia, y para obtenerla habia continuos mensajes de Ginebra á Thonon y de Thonon á Ginebra. El consistorio de esta última ciudad encontró el medio de cortar todas estas negociaciones, condenando á destierro al ministro por haber propuesto la conferencia sin el consentimiento de sus colegas y de los síndicos de Ginebra. El P. Querubin reclamó contra esta estraña sentencia, é hizo se levantara acta ante un notario de la vergonzosa cobardía de los protestantes en esta ocasion: el procurador fiscal, por su parte, levantó otra acta, que los magistrados de Thonon depositaron en los archivos de la ciudad, donde se conservó largo tiempo.

Mientras se estaba en negociacion con los ministros de Ginebra, Francisco, en medio de las numerosas ocupaciones de su ministerio, habia recibido un mensajero de la Señora de Boisy, que le informaba de su reciente llegada al castillo de Brens en el Chablais, con cuatro de sus hijos, y le suplicaba fuera allí, pues toda su familia tenia un gran deseo de verle, y ella en particular necesitaba tomar su consejo sobre varios negocios importantes. A pesar del tierno afecto que tenia á su familia el santo apóstol, no creyó deber acceder á esta súplica, juzgando por un lado su ausencia perjudicial á la mision, y por otro no queriendo dar al ministro, que habia propuesto la conferencia, lugar á decir que el Preósito se habia alejado por el temor

de ser vencido. Se limitó á enviar á su madre al fiel Rolando, y «esta es, le dijo, la respuesta que te encargo le lleves: le dirás que miro la invitacion que me hace como una tentacion que me suscita por su medio, sin imaginarlo ella, el enemigo de la salvacion. Hay tantos hijos de Dios que son mis hermanos por su gracia y que tienen necesidad de mí, que no podria sin infidelidad dejar su servicio para procurarme á mí y á mi familia un pequeño gozo natural.» La comision fue exactamente cumplida, y la Señora de Boisy con sus hijos se vió obligada á volverse sin haberle visto.

Entre los herejes que perseguia con un celo tan perseverante el santo apóstol, se encontraba una mujer calvinista que vivia en el mismo Thonon, en el barrio de Saint-Bon. Hacia largo tiempo esta alma obstinada resistia á los argumentos mas evidentes, así como á las mas tiernas instancias; y aunque profesaba grande estimacion á Francisco y escuchaba con placer sus discursos, encontrando sus pruebas sin réplica, repetia siempre que no dejaria la religion protestante, porque habia nacido en ella. Así las cosas tuvo un hijo, al que tardó en bautizar unos dias, y durante esta dilacion murió el niño súbitamente. Aflijida mas de lo que se pueda espresar, inconsolable por haber dejado morir á su hijo sin bautismo, cerrándole así las puertas del cielo, esta madre, deshecha en llanto, llevaba ella misma al cementerio el cadáver amado del que parecia no podia separarse, cuando en el camino encuentra al santo apóstol; corre al punto á arrojarse á sus piés, los baña con sus lágrimas, y poniendo en tierra el pequeño atahud que encerraba el cuerpo de su hijo: «Volvedme mi hijo, esclama, padre mio, volvedme mi hijo, al menos el tiempo suficiente para que pueda recibir el bautismo, y me haré católica.» Francisco, vivamente conmovido con este espectáculo, no puede responder una sola palabra; mezcla sus lágrimas con las de esta madre afligida, cae de rodillas, y ruega al Dios de las misericordias tenga piedad de la madre y del hijo. No habia acabado aún su oracion,

cuando el niño abre los ojos y da señales de vida (1). Le bautizan al punto, y la feliz madre le lleva á su casa, en medio de los transportes de gozo de toda la familia. Vivió aún dos dias, durante los cuales todos los que quisieron verle pudieron asegurarse del milagro: la madre y toda la familia se hicieron católicos; varios herejes, invitados por el P. Querubin á averiguar la verdad del prodigio, lo examinaron con la mas severa crítica, y despues de haber reconocido la autenticidad, un gran número abjuró la herejía (2). Nada era mas propio para disponer los espíritus á las oraciones de las Cuarenta Horas, cuyos principales preparativos acababan de terminarse. Se deseaba empezarlas lo mas pronto posible; el dia señalado habia sido ya anunciado, luego retardado algunos dias, despues aún mas, y hasta las procesiones que venian de las ciudades mas lejanas, estando ya en marcha para dirigirse allí, habian recibido orden de volverse. El Duque de Saboya, que queria asistir á ellas, no llegaba, como tampoco el Cardenal Alejandro de Médicis, legado del Papa en Francia, que debia á su vuelta por Italia pasar por Thonon para disfrutar del espectáculo de la ceremonia. De demora en demora la inauguracion fué trasladada al domingo 20 de setiembre, y parecia ya fijada definitivamente para este dia, cuando el 10 de setiembre avisó el Duque de Saboya que no podia encontrarse en Thonon antes del principio de octubre. El Obispo dió aviso de ello al punto á los misioneros; y estos, pensando que esta nueva dilacion resfriaria la devocion de los pueblos, fueron de parecer de celebrar las Cuarenta Horas en la época anunciada, y volver á celebrar otras á la llegada del Cardenal y del Duque. Esta medida, es cierto, ofrecia un grave inconveniente; no habia tiempo de avisar al príncipe, y asegurarse de si merecia su aprobacion; y algunos encontraban imprudente contravenir á sus órde-

(1) Dep. del Sr. de Chamoisy, de Francisco Favre y de una multitud de testigos oculares.—De Cambis, t. I, p. 195.

(2) Carlos Aug., p. 169.

nes sin habérselo prevenido. El Obispo cortó la dificultad, y lisonjeándose de que el príncipe no desaprobaba una medida motivada en la razon de mayor bien, decidió que las Cuarenta Horas tuvieran lugar el dia fijado, y en su consecuencia se dirigió prontamente á Thonon.

Apenas llegó, le dieron conocimiento de un libro que el ministro la Faye acababa de publicar, bajo el velo del anónimo, contra el culto de la Cruz, para refutar las hojas distribuidas por los misioneros cuando la colocacion de la Cruz de Annemasse: era aquel una invectiva violenta y blasfema contra el signo sagrado de la salvacion. El prelado convocó á todos los sacerdotes que estaban entonces en Thonon, con el fin de deliberar lo que convendria en esta circunstancia. Todos fueron de parecer que era necesario dar una respuesta á este escrito, y que el Prepósito era sin género de duda el hombre que convenia para refutarlo, tanto porque entendia mejor que nadie este género de composiciones, como porque él mismo habia hecho colocar la cruz que se atacaba, y además conocia hacia largo tiempo á la Faye (1). Francisco, confuso con este testimonio de estimacion y de confianza, mas penoso para él que para otros las humillaciones, se encargó gustoso de ese trabajo, *à causa*, dice en su prefacio, *de que siendo el cofrade mas antiguo de la Cruz, se sentia obligado á sostener su honor*, y prometió consagrar á ello el tiempo que le quedara libre. Empezó por leer el libelo impío, anotando al márgen las falsas alegaciones, las imposturas y blasfemias del ministro; y al fin añadió estas palabras como testimonio de su respeto y obediencia hácia la Santa Sede, sin cuyo permiso no hubiera querido leer un libro herético: *Liber hæreticus pro Francisco qui licentiam habuit*. Hablaremos mas tarde de la obra misma fruto de sus trabajos y desvelos.

El Obispo de Ginebra se ocupó en seguida de la eleccion de un local conveniente para los sermones de las Cua-

(1) Carlos Aug., p. 167.

renta Horas. La iglesia de San Hipólito ofrecia evidentemente escasa cabida, y por otro lado, la iglesia de San Agustin, ocupada hasta entonces por los protestantes, era muy espaciosa, poco proporcionada á su pequeño número que disminuia aún de día en día: el Obispo creyó debia tomar posesion de esta iglesia, la reconcilió con toda la pompa posible é hizo colocar allí la piedra del altar mayor, que los Berneses habian trasportado á la casa de ayuntamiento cuando establecieron el calvinismo en Thonon. El 19 de setiembre, sábado de las cuatro Témporas, confirió la confirmacion y las órdenes, dos sacramentos que no habian sido administrados en esta ciudad hacia sesenta y tres años; consagró varios altares, bendijo los ornamentos sacerdotales y algunas cruces destinadas á ser colocadas á la entrada de los caminos reales por todo el Chablais, y mandó que cada procesion que viniese á las Cuarenta Horas llevara una de estas cruces, para colocarla en el lugar que le fuera designado. Luego, pensando que la iglesia mas espaciosa seria aun pequeña para el gran número de adoradores que debian encontrarse en la solemnidad, hizo elevar en la plaza contigua á la iglesia un magnífico oratorio, para esponer allí el Santísimo Sacramento. En fin, como la esperiencia les habia demostrado en Annemasse que las representaciones santas, apropiadas al gusto de la época, contribuian á atraer mayor número de forasteros, para recrear y alimentar la piedad hizo levantar cerca del oratorio un teatro sencillo y modesto.

Durante estos preparativos se veia llegar á Thonon, desde aquel mismo dia, víspera de la inauguracion de las Cuarenta Horas, un número prodigioso de forasteros, que acudian á la solemnidad, no solo de las provincias vecinas, como Saboya, Borgoña, Suiza, el Valais, la ciudad de Aosta y Brescia, sino tambien de otros países lejanos. La mañana del 20 de setiembre, en medio de todo este concurso de gente, se dió principio á las Cuarenta Horas, primero con la Misa Pontifical que celebró el Obispo de Ginebra en la iglesia de San Agustin, luego con la procesion general

llevando el Santísimo Sacramento en triunfo por las calles de la ciudad. Delante de la procesion marchaba piadosamente una larga fila de eclesiásticos, y detrás del palio iban el Gobernador de la provincia, el primer magistrado de Friburgo, gran número de caballeros y numeroso pueblo. Se dirigieron despues de una larga vuelta al oratorio levantado en la plaza contigua á la iglesia de San Agustin, y cuando el Obispo hubo espuesto allí el Santísimo Sacramento, empezó la ceremonia de la adoracion, en la que se sucedian de hora en hora, durante tres dias, las procesiones de diversas parroquias de la Saboya, despues de haber sido preparadas, como en Annemasse, por una exhortacion de Francisco á sus colaboradores, que se reemplazaban alternativamente en el púlpito. Allí se veia á los habitantes de Taninge, Bellevaux y Boege, de Saint-Cerques, Jeny, Perrigny, de Bonneville y de Evian, y una multitud de otras poblaciones, rivalizar en piedad y fervor: los unos, llevando á la cabeza de su procesion la antigua cruz de que se servian antes de la invasion del calvinismo, y que habian tenido oculta entre dos paredes, pedian con lágrimas su vuelta á la Iglesia romana; los otros, llevando los instrumentos de la Pasion, se dirigian, esperando su turno para la adoracion, al teatro levantado cerca del oratorio, y allí escuchaban enternecidos á uno de ellos, que postrado con ambas rodillas les hablaba de los sufrimientos del Salvador; otros, llegando al fin del dia retrasados por la distancia de los lugares y mas aún por el ataque de los Ginebrinos, que con menosprecio de los tratados los habian acometido cerca de los muros de Ginebra, pasaban una gran parte de la noche confesándose ó recibiendo las instrucciones de Francisco, del P. Querubin y del canónigo Luis, los tres émulos en celo y abnegacion. No es facil decir el fruto que produjeron estos santos ejercicios: tantos ejemplos de la mas tierna piedad, dados especialmente por el Obispo de Ginebra y Francisco de Sales; tantas fervorosas oraciones, dirigidas al cielo por la reunion de estos pueblos diversos; tantos sermones inspi-

rados por un celo verdaderamente apostólico, y que acudían á oír á favor de la noche los herejes, hasta entonces alejados de la Iglesia por el respeto humano (1); tantas abjuraciones del error, tantas bellas y tiernas ceremonias fueron á la vez un magnífico triunfo para la religion, una fuente de nuevas gracias, y como el anuncio de la próxima conversion de todo el país á la Iglesia romana.

Se terminaron las Cuarenta Horas, como habian empezado, con una solemne procesion, en la cual se volvió á llevar el Santísimo Sacramento á la iglesia de San Agustín. Al volver de la procesion Francisco, sin pensar en descansar de tantas fatigas, empleó el resto del dia en preparar cuarenta personas, que despues de haber estado obstinadas largo tiempo en el error, acababan de decidirse á abjurarlo, y tenian aún necesidad de aclaraciones para disipar sus dudas, de esplicaciones para conocer mejor la religion, de exhortaciones para entrar en los sentimientos de fe y piedad de que se debe estar acompañado al volver al aprisco; luego los presentó por la tarde al Obispo, que recibió su abjuracion y les dió la absolucion de la herejía. Habiendo suplicado al santo prelado les administrase la confirmacion, porque estas pobres gentes, venidas de muy lejos, no podian esperar al dia siguiente, y que además, siendo aun débiles, tenian necesidad de ser fortificadas con la gracia del sacramento, tuvo el dolor de verse contradicho por los que rodearon al Obispo, que le hicieron notar que Su Ilustrísima estaba muy fatigado, y era una crueldad fatigarlo aún más; llevando algunos su malicia hasta suponer que queria hacer morir al Obispo de cansancio para ocupar su lugar. El santo apóstol dejó hablar á estos espíritus malévolos, limitándose á contestar con su bondad ordinaria: «Espero en la bondad de Dios que Su Ilustrísima no se pondrá malo por este trabajo;» y en efecto el Obispo, accediendo á sus deseos, confirmó á los cuarenta neófitos, que regresaron felices y afirmados en la fe.

(1) Carlos Aug., p. 171 y 172.

El digno prelado, á pesar de las fatigas del dia, escribió al Duque de Saboya para informarle de las razones que habia tenido para no retardar la ceremonia de las Cuarenta Horas, así como de los grandes frutos que habian resultado, y asegurarle que esto no era mas que una preparacion á lo que se queria hacer cuando fuese á Thonon. El párroco de Annemasse, encargado de llevar esta carta con otras dos que le confiaron Francisco y el P. Querubin, se dirigió prontamente á ver al Príncipe, que estaba entonces en Chambery, le contó detalladamente lo que habia pasado, y le añadió que, en la disposicion favorable en que se encontraban los espíritus, habia motivos fundados para esperar que una nueva solemnidad de las Cuarenta Horas acabaria la conversion de la provincia entera, si asistia á ellas, y favorecia con todo su poder á la religion católica, sin detenerse por las razones políticas que pudiera alegar su consejo. «Dios sea bendito y alabado por siempre, por todo el bien que su bondad ha hecho y quiere hacer todavía en mis estados,» contestó el Príncipe levantando los ojos al cielo. Luego poniendo la mano sobre la cruz que llevaba como gran maestro de la orden de la *Annonciata*: «No quiero perdonar nada, ni mi misma sangre,» añadió, por la exaltacion de la santa Iglesia y por la conversion de mis súbditos; quiero y espero que la religion católica, apostólica, romana, sea la única observada en mis estados, sin que me lo impida lo que puedan decirme. Voy á Brescia; á mi vuelta escribiré al Obispo de Thonon y le haré saber cuándo convendrá empezar las oraciones de las Cuarenta Horas.» El piadoso príncipe estendió en seguida un libramiento, por el cual encargaba á Francisco de Sales de una distribucion de limosnas en Ripailles y en Tilly. Sabia que esta comision alegraria la caridad del santo apóstol hácia los pobres, proporcionándole una ocasion de evangelizarlos, y un medio de ejercer en sus espíritus una influencia preciosa para el bien de la religion. Al entregar al párroco de Annemasse esta orden, acompañada de una breve respuesta para el P. Querubin:

«Encomendadme, le dijo, á las oraciones del Sr. Obispo de Ginebra y de sus dignos cooperadores, á los cuales no he »de tardar en ver.» No se detuvo, en efecto, sino poco tiempo en su viaje á Brescia, porque habiendo encontrado al legado de la Santa Sede en la ciudad de Chasse, en las orillas del Ródano, fué con él á Chambery, para ordenar la magnífica recepcion que queria se le hiciera en Thonon, y desde allí avisó al Obispo de Ginebra que llegaría el lunes 28 de setiembre; que el Cardenal, que caminaba á cortas jornadas, llegaría el 30; y que deberian empezar las oraciones de las Cuarenta Horas el jueves 1.º de octubre.

Este aviso del Príncipe no llegó á Thonon hasta la mañana del lunes 28 de setiembre, y al mismo correo que anunció debía llegar al medio dia, dijo que se proponia informar jurídicamente contra los herejes de esta ciudad, que en 1594 habian llamado á ella á los Berneses y Ginebrinos en socorro de su rebelion, arrasado el castillo de Thonon, y sacudido el yugo de la guarnicion católica que lo ocupaba. Las ocupaciones de la guerra le habian obligado á dejar hasta entonces este atentado impune; pero, habiéndole devuelto la paz su libertad de accion, estaba resuelto á ejercerla de una manera ejemplar contra los autores y cómplices de una rebelion tan audaz. Al saber esto, una consternacion general se apoderó de los espíritus; el consistorio se reunió á toda prisa, y no imaginó otro medio de salvacion que acudir al Obispo de Ginebra, única persona que podia tener bastante ascendiente sobre el Príncipe para apaciguar su encono. Fueron en seguida á ver al Obispo; y el Señor de Vallon, á la cabeza del consistorio, tomó la palabra y le espuso, con los ojos llenos de lágrimas, la estremidad á que se hallaban reducidos sus correligionarios. El buen prelado le escuchó con benevolencia; mezcló sus lágrimas á las que veia derramar; contestó con un tierno afecto que de todo corazon consentia en interceder por ellos; que lo haría con todo el interés del padre mas tierno por sus amados hijos: y sin perder un instante, dejando aun sin concluir la comida que acababa de

empezar, partió con ellos para ir á cumplir esta mision de noble caridad. Era un espectáculo tan nuevo como conmovedor ver al Obispo, acompañado del abad de Chissé, su vicario general, y de Francisco de Sales, marchar á la cabeza de todos los protestantes del consistorio, que le seguian como á su capitán, su salvador y su padre, formando el resto de la comitiva gran número de caballeros y ciudadanos de Thonon. Caminaron así hasta bastante distancia de la ciudad, hasta encontrar al Duque, que, así que divisó al Obispo, echó pié á tierra y le tendió la mano con notable benevolencia. El Prelado al punto se puso á sus pies, pidiendo con lágrimas gracia para los culpables, y protestando que no se levantaria sin haberla obtenido. Todo el consistorio postrado igualmente, esperaba con ansiedad su respuesta ante este espectáculo; el Príncipe, que venia lleno de cólera y muy decidido á castigar á los principales autores de la rebelion, se sintió tan desconcertado como sorprendido; su indignacion no pudo sostenerse en presencia de una escena tan tierna, y levantando al Prelado con mucha bondad, le dijo que por consideracion á él no tendria ninguna consecuencia el asunto, y perdonaba á todos los culpables. El Obispo respondió á este rasgo de clemencia con un discurso en el cual, despues de haber manifestado su reconocimiento, elogió magníficamente al Príncipe por su amor á sus súbditos, rogándole que continuara haciendo sentir en todo el Chablais sus felices efectos. «Os lo prometo, contestó el Príncipe enternecido, haré »todo el bien que me propongais; lo haré por amor á mis »súbditos, á los que llevo en mi corazon, y por consideraciones á las recomendaciones de un Prelado que posee toda »mi estimacion y afecto.» (1)

La bella conducta del Obispo de Ginebra en esta circunstancia, coronada con un éxito tan consolador, le ganó todos los corazones, y los herejes mas obstinados se sintieron conmovidos, despertándose en su alma pensamientos

(1) *Vida de Claudio Granerio*, p. 319, 187.